

Capítulo VI

BUDISMO ZEN

Zen es una palabra japonesa que corresponde al chino *ch'an-na* y al sánscrito *dhyana*, a veces ambiguamente traducida como «meditación». En realidad, el concepto de *dhyana* corresponde más exactamente a esta descripción:

«un elevado estado de conciencia en el que el hombre encuentra la unión con la Realidad Final del Universo. Lo mismo ocurre con *Ch'an* [ch'an-na] y *Zen*, haciendo la salvedad de que la mentalidad china prefirió encontrar esta unión apelando no tanto a la meditación solitaria... como al trabajo que impone la vida diaria... No hay nada «del otro mundo» en el Zen, pues es una constante actitud de la mente que puede aplicarse tanto al lavado de ropa como a la realización de los oficios religiosos».²⁰

Generalmente se considera como el fundador y el primer patriarca del zen al maestro indio Bodhidharma, quien llegó a la China en el siglo V de nuestra era. El zen nació y creció en este país, en el cual se fusionaron y armonizaron el budismo mahayanista y el taoísmo. Empero, conoció su máximo desarrollo en el Japón, donde llegó en el siglo XII y halló expresión a través de dos escuelas principales. Estas eran la *Rinzai*, que enseñaba la iluminación como meta del

zen, y la *Soto* (de Dogen) cuyo principal objetivo era «vivir el zen», es decir, la práctica misma de los principios del zen en la vida cotidiana. Si bien esta última es más popular en el Japón, el Occidente ha sido más influido por la escuela Rinzai, a la que pertenece D.T. Suzuki.

En el Japón, quien desee profundizar en las prácticas zen debe ingresar, al menos temporalmente, en monasterios de exigente disciplina. Allí monjes y discípulos realizan, además de meditación, toda clase de labores manuales; tal práctica se basa en que el zen considera que hasta lo más trivial y cotidiano forma parte de la «naturaleza de Buda».²¹

¿Qué es el zen?

Según Ogata, el mismo Bodhidharma describió el zen como:

«Una transmisión especial fuera de las escrituras;
no dependencia en palabras y letras;
un apuntar directo al alma del hombre,
mirando dentro de la naturaleza [propia] y el logro de
la budidad.»²²

Pertenezca o no a Bodhidharma, sin duda este texto resume muy bien las características esenciales del zen. En primer lugar, el zen no admite ninguna Escritura como normativa. Las obras budistas y taoístas han de usarse con medida y cautela, como «el dedo que apunta a la luna», el cual nunca debe ser confundido con la luna misma.

En segundo lugar, el zen es una «transmisión especial» no solamente por la escasa trascendencia que le otorga a las Escrituras sagradas, sino también, en sentido positivo, enseña que la citada transmisión solamente puede efectuarse de persona a persona, de maestro a discípulo.

En tercer lugar, debe notarse que incluso el maestro, por

importante que sea, no es sino otro «dedo que apunta a la luna», porque la iluminación que el zen propone *ha de ocurrir exclusivamente sobre la base del esfuerzo individual*.

En cuarto lugar, para alcanzar la iluminación, cuyo nombre es *satori* en japonés, el zen exige trascender el intelecto y la lógica mediante la percepción *intuitiva e instantánea* de la verdad. En el zen, el *prajna* o intuición es considerado una forma superior de verdadero conocimiento de la realidad final, mientras que el pensamiento conceptual y racional, *vijñana*, es desalentado.

«El zen es una vigorosa tentativa de ponerse en contacto directo con la verdad misma, sin permitir que teorías y símbolos se yergan entre el conocedor de la verdad y la cosa [que es] conocida. En cierto sentido, el Zen es sentir la vida en lugar de sentir algo *acerca* de la vida... el Zen es con frecuencia una forma de iconoclastia, una destrucción de las simples imágenes intelectuales de la realidad viviente, [la cual es] cognoscible solamente a través de la experiencia personal.»²³

La suprema vivencia de percepción intuitiva de la realidad requiere normalmente de un largo proceso previo, en el cual el discípulo debe librarse progresivamente de toda atadura intelectual. Luego, alcanzar el *satori* es el último salto, el descorrimiento del postrer velo que rodea la conciencia y le impide la percepción de la realidad trascendente.

Por tratarse de una percepción intuitiva, *no puede describirse*; debe ser experimentada individualmente. Por esta razón, los maestros zen repiten hasta el cansancio que *el zen que puede describirse no es el auténtico zen*.

«El Zen no es un mero sistema de pensamiento o una filosofía, y sería un gran error pensar que el Zen puede captarse por el estudio intelectual... El Zen es

un asunto de experiencia, y no un mero concepto o pensamiento. Por lo tanto, el Zen evita tomar cualquier sistema de pensamiento como propio, o como [su] norma de vida.»²⁴

A pesar de la afirmación precedente, y de muchas otras parecidas, en verdad el zen *sí tiene un pensamiento bastante definido*, que constituye de hecho una síntesis del budismo mahayanista y del taoísmo. Como lo expresa Alan Watts, un ex-pastor protestante «convertido» al zen, que fue uno de sus principales apologistas y divulgadores en Occidente:

«El Zen sintetiza el idealismo, la serenidad inmovible y la austeridad del Budismo, con la poesía y la fluidez del Taoísmo, con su respeto por lo incompleto, lo «imperfecto» y lo cambiante, como lo muestra la presencia de la vida, del interminable flujo del Tao. Estos dos elementos impregnan todo el espíritu del Zen, junto con su cualidad dinámica única, que da vida y fuerza a las otras dos.»²⁵

Como vimos antes, el *tao* corresponde al *dharma* budista y al *brahman* hindú; es el estado del ser que trasciende la perspectiva «dualista» que distingue entre sujeto y objeto. El tao es inasible como lo son, según el taoísmo, la verdad y la vida mismas. Por tanto, para conocer éstas es necesario ante todo *no pretender retenerlas y fijarlas en ideas, conceptos o definiciones*, sino acompañarlas sumándose a su perpetuo movimiento. Coherentemente, para el zen el conocimiento de la verdad se basa en la doctrina budista del «no-apego» y la correspondiente actitud taoísta de «no-acción». Se refieren a no actuar en contra del incesante flujo de la vida. No hay que oponerse a tal movimiento, ni intentar detenerlo para poder analizarlo; por el contrario, hay que acompañar el movimiento, actuando de manera armónica, en fase con él. Al hablar de la «no-acción», Watts

llega a relacionarla con las palabras de Jesús registradas en Mateo 16:25 y Juan 3:8.

Para posibilitar la armonía buscada en el zen, es necesario librarse de todo lastre intelectual o afectivo que pueda dificultar la percepción del flujo de la vida. Por esto los maestros zen enseñaron:

«¡Oh, vosotros, seguidores de la Verdad! Si deseáis obtener una comprensión ortodoxa del Zen, no os dejéis engañar por otros. Por dentro o por fuera, si halláis algún obstáculo, matadlo de inmediato. Si encontráis al Buda, matadlo; si encontráis al Patriarca, matadlo; ... matadlos sin la menor vacilación, pues este es el único camino que lleva a la liberación. ¡No os mezcléis con ningún objeto, sino erguíos sobre él, seguid adelante, y sed libres!»²⁶

«Oh, Hermanos, si deseáis captar la visión [correcta] del *Dharma*, estad atentos para que no seáis extraviados por la tentación humana. Destruid todo lo que se os cruce, sin importar si es de dentro o de fuera. Destruid al Buda, a los patriarcas y *arhats*, si os cruzáis con ellos; destruid a vuestros padres y familiares, si os cruzáis con ellos. Estaréis [realmente] emancipados por vez primera [cuando os libréis de ellos].»²⁷

El zen considera a la vida, en todas sus manifestaciones, como «una constante acción de Buda». Luego, la naturaleza de Buda está presente en todos los seres. Por tanto, es un error concebir al *samsara* o eterno cambio, y al *nirvana* o estado trascendente, como cosas radicalmente diferentes. Ambas son simplemente *aspectos* de una única realidad.

Esta concepción *monista* del universo, derivada de la doctrina mahayanista de la reductibilidad de lo contingente y lo absoluto, implica que el estado de Buda está latente en todo y en todos. Por ello, el esfuerzo humano por *establecer*

dicho estado es innecesario y de hecho erróneo. Watts afirma que distinguir entre uno mismo y el Buda es «el fundamento del egoísmo» y «una forma de locura».

Como, según el zen, la verdad trascendente elude el análisis individual –ya que está más allá del dualismo aparente entre el conocedor y lo que es conocido– el satori es concebido como una experiencia *súbita, intuitiva e inefable* de la unidad y solidaridad cósmicas. Es un incommunicable «darse cuenta» de la verdadera naturaleza de las cosas, que supera los conceptos y las apariencias. Así se expresa Suzuki, el mayor maestro contemporáneo del zen:

«Si nosotros decimos “sí”, entonces afirmamos, y al afirmar nos limitamos. Si nosotros decimos “no”, en tal caso negamos y la negación entraña exclusión. La exclusión y la limitación, que en el fondo son lo mismo, matan el alma; en tanto que la vida del alma estriba en hallarse en completa libertad y en unidad. El zen lleva a un reino donde no se dan contradicciones de ningún tipo. Por otra parte, se debe tener en cuenta que la vida transcurre en un mundo de afirmación y no de negación, pues la vida es en sí afirmación; y tal afirmación, en caso de ir acompañada por una negación, o depender de ésta, resultaría relativa y no absoluta... Para ser libre, la vida debe ser afirmación absoluta, superadora de todos los condicionamientos posibles, que suponen un obstáculo para su libre eficacia.»²⁸

La aplicación práctica más espectacular del principio zen de buscar la armonización natural con el movimiento ha de hallarse en las artes marciales del Oriente. Por ejemplo, los dos principios básicos del yudo son el empleo de la fuerza del oponente en provecho propio (en lugar de forcejear con él) y la simultaneidad de la defensa y el ataque. En la esgrima japonesa, una de las reglas fundamentales es la

continuidad del movimiento; debe impedirse que pensamiento alguno interrumpa la continua secuencia de acciones de defensa y ataque, las que además deben realizarse con la máxima economía de movimientos.

Antropología zen

Según el zen, «el verdadero Buda debe ser amorfo, y el verdadero hombre, sin mente». Sin embargo, a pesar de la declamada inefabilidad de la experiencia de iluminación, los maestros no han resistido enteramente la tentación de describirla, al menos mediante analogías:

«La iluminación es la llamarada súbita de una nueva verdad en la conciencia. Es una especie de catástrofe espiritual que se presenta repentinamente, si se ha acumulado un abundante material de conceptos y argumentaciones. Cuando la acumulación de materiales ha alcanzado el límite de carga admisible, el edificio se derrumba. La iluminación se apodera del hombre cuando él siente que ha agotado todo su ser. Considerado desde el ángulo religioso, se trata de un nuevo nacimiento; intelectualmente, representa la consecución de un nuevo punto de vista. El mundo aparece en un nuevo ropaje, sin la ilusión del dualismo.»²⁹

«La experiencia espiritual del Zen es captar lo que es sin-forma, sin-mente y sin-morada. Significa identificarse con la verdad, trascendiendo la propia humanidad y no reconociendo lo externo y objetivo por medio del pensamiento dualista. Esta experiencia de la unificación de lo que es interno y externo se denomina “satori” o iluminación, en el Zen. El satori es el propio despertar de lo que es sin-mente. Es la mente de la no-mentalidad.»³⁰

Cuando se alcanza el satori, el mundo no ha cambiado, pero la óptica vital del iluminado se ha modificado crucialmente. En esta suprema experiencia de unidad con la Realidad universal, Dios no ocupa lugar alguno, ni tiene ningún papel. El zen no se preocupa por afirmar o negar la existencia de Dios; de hecho, lo ignora por completo. Tampoco tiene imperativos éticos, pues desde su punto de vista el bien y el mal son entidades relativas, condicionadas, determinadas por comparación y no por ningún criterio objetivo.³¹ Ogata lo dice claramente:

«Si la religión implica panteísmo, politeísmo o monoteísmo, y está basada en la idea de santidad, el Zen no es una religión».³²

Sin embargo, como corresponde a una rama del budismo, el zen reemplaza la idea de «pecado» por la de «ignorancia», y en tanto niega la necesidad de un salvador, admite las nociones de samsara y karma, con sus corolarios de la necesidad de reencarnación.

Dada su insistencia en la no-acción, en la iluminación instantánea, en la posibilidad de alcanzarla exclusivamente por el propio esfuerzo, en la relatividad del bien y del mal, en la concepción cosmológica monista, y en su indiferencia hacia Dios, no hay que extrañarse de que en el zen no haya lugar para la noción de un juicio divino, o la esperanza en la vida ultraterrena.

«El Zen enseñó que nadie podía encontrar al Buda en un paraíso, ni en ningún reino celestial, hasta que lo hubiera encontrado en sí mismo y en todos los seres sensibles... Todos los seres, por perversos e insignificantes que sean superficialmente, son aspectos de la naturaleza de Buda, y esto implica que todos los seres y todas las cosas tienen que ser aceptados.»³³

La búsqueda de la iluminación

Aunque el zen pretenda estar más allá de los convencionalismos y afirme que el satori está al alcance de cualquiera y en cualquier lugar, en la práctica el aspirante a discípulo zen debe (al menos en el Japón) cumplir con una serie rigurosa y estructurada de requisitos para ser admitido a un monasterio. Allí buscará la iluminación, y más tarde retornará periódicamente en busca de paz espiritual. Las normas disciplinarias y las reglas convencionales son vistas por los maestros zen como el marco de referencia apropiado para la búsqueda del satori. En el monasterio, las actividades intelectuales y espirituales se laternan con el trabajo manual, pues lo cotidiano y pedestre se valora hasta la exageración en el zen.

Se considera muy importante la práctica de la meditación en postura sedente, o *zazen*. La semejanza superficial con el yoga no debe confundir, pues a diferencia de éste, en el *zazen* el objetivo no es un trance extático, el cual no es considerado útil para alcanzar la sabiduría zen. El *zazen* se orienta más bien a «librar la mente de pensar en el cuerpo».

En menor grado, y siempre con valor relativo, se estudian en el monasterio las recopilaciones de dichos, preguntas y respuestas (*mondo*) de los maestros y discípulos anteriores. En estas antologías se encuentran pensamientos de notable profundidad, mezclados con otros jocosos y muchos, en fin, simplemente absurdos. Remitimos al lector interesado a la breve pero sustanciosa recopilación de Wolpin.

El principal ejercicio para lograr el satori, y a la vez el «examen final» que permite al maestro reconocer con certeza si el discípulo ha alcanzado la iluminación, se llama *koan*. El maestro propone en privado una cuestión a cada discípulo, y éste la hace objeto de su meditación en el *zazen*. El mayor propósito de esta práctica es encaminar el intelecto hacia un callejón sin salida, para forzar la búsqueda de una percepción intuitiva y no racional de la realidad.

«El Zen no trata de ser inteligible, es decir, de poder ser comprendido por el intelecto. El método del Zen es desconcertar, intrigar y agotar al intelecto hasta que se perciba que la intelección es solamente *acerca de...*, que la emoción es solamente *acerca de*, y luego discurrir, cuando el discípulo haya sido sometido a una *impasse* intelectual y emocional, sobre cómo salvar la brecha que existe entre el contacto conceptual de segunda mano con la realidad, y la experiencia de primera mano. Para lograr esto, pondrá en juego una facultad más elevada de la mente, conocida como intuición o *buddhi*, denominada en ocasiones “Ojo del Espíritu”... Toda la técnica del Zen estaba resumida en proyectar a la gente fuera de sus carriles intelectuales y de su moralidad convencional.»³⁴

Por tanto, no debe esperarse lógica alguna de los *koan*, ni se espera que la respuesta del discípulo proceda de un razonamiento ingenioso. Por el contrario, quien conteste un koan basado en la lógica o en el ingenio será seguramente reprobado, ya que el ejercicio se propone precisamente *proyectar la mente fuera de toda lógica*. Por ello, los koan nos parecen absurdos. Debe recordarse que ellos no pretenden ser materia para el análisis; la respuesta debe surgir de manera espontánea e intuitiva, del propio discípulo. El maestro no hace sino orientarlo en la búsqueda de esta sabiduría intuitiva que constituye el nexo con la Realidad final, y cuya vivencia es el satori. Los siguientes ejemplos de koan, tomados de Watts, pueden ser ilustrativos:

«Se produce un sonido por el batir de dos manos. ¿Qué sonido puede producir una sola mano?»

«Hace mucho tiempo, un hombre guardaba un ganso dentro de una botella. Creció tanto que ya no podía salir más de la botella; el hombre no quería

romper la botella ni lastimar al ganso; ¿cómo podía sacarlo?»

«Cuando los Muchos son reducidos al Uno, ¿a qué se reduce el Uno?»

Un vástago occidental del zen: EST

La sigla EST corresponde a la denominación en inglés de *Seminarios de Entrenamiento Erhard*, un método que podría describirse como una versión del zen de fraguado rápido, adaptada al mercado occidental. Fue iniciado en 1971 por un vendedor llamado Jack Rosenberg, quien adoptó el pseudónimo de Werner Erhard.

En la década siguiente, cerca de 300.000 personas concurren a los seminarios de EST. La lista incluyó a celebridades como Joanne Woodward, Diana Ross, John Denver y Yoko Ono. Los seminarios se desarrollan en dos fines de semana, y se publicitan como «Sesenta horas que cambiarán su vida». Se supone que ayudan a la gente a vivir más plenamente, a través de la inducción de una experiencia liberadora que los entrenadores llaman «darse cuenta» o «captar» (*get it*).

Las sesiones son impresionantes, por decir lo menos. Doscientas a trescientas personas se reúnen en una cancha cubierta. No se les permite movimientos ni conversaciones no autorizadas, ni salir al baño, ni comer, fumar, o llevar relojes. Entonces comienza un proceso de quebrantamiento mental dirigido por un entrenador. Para lograr su objetivo, éste no vacila en emplear lenguaje soez, decir obscenidades, burlarse del público e insultarlo. Entremezclados con tales agresiones hay ejercicios de relajación, conferencias y ejercicios mentales. Al final de la extenuante sesión el entrenador pregunta a los asistentes si «lo captaron». Quienes creen haber captado gritan y aplauden, mientras el entrenador humilla e insulta a los que no lo hicieron.

Es obvio que este método brutal puede ser muy nocivo para personas de carácter débil, o que padezcan de algún problema psiquiátrico previo. De hecho, existen casos documentados de serios problemas de colapso o daño psicológico, pese a lo cual el proceder de los entrenadores no se ha modificado en absoluto.

Los EST carecen de una doctrina particular; Erhard sostiene que toda creencia es una enfermedad. El énfasis está puesto en reconocerse a uno mismo como un dios capaz de crear su propio universo, y de librarse de todo convencionalismo o atadura. Se insiste en la exclusiva validez de la experiencia inmediata. Es claro que todos estos elementos han sido tomados del zen y adaptados al gusto occidental, si bien los EST evitan toda terminología oriental. El psiquiatra Marc Galanter lo caracteriza como «una transición hacia una plena “cultura del narcisismo”, en la cual el individuo debe fidelidad solamente a su propio yo».³⁵

A cuatrocientos dólares por participante, ciertamente los seminarios EST deben de haber hecho muy rico a su proponente. Desde 1985, Erhard cambió el nombre de su técnica de EST a *El Foro*, y lo orientó hacia directivos de empresas y corporaciones.³⁶

Crítica cristiana del zen

Sin duda que existen elementos positivos en la doctrina y la práctica zen. Entre ellos, cabe destacar la insistencia en la experiencia directa y personal, el desapego de lo pasajero y transitorio, el vivir plenamente cada día, y maravillarse por todas las cosas, incluso las aparentemente más insignificantes.

Tales ideas se hallan también presentes en las enseñanzas de Jesús, pero con un fundamento muy diferente. Para el zen la experiencia personal es insustituible porque la iluminación debe alcanzarse por el propio esfuerzo. En la

óptica cristiana, la experiencia individual es indispensable porque es a través de ella que se recibe la justificación por la fe en Cristo (Mt. 7:21-27; Ro. 5:1-11). Jesús basó su enseñanza sobre el desapego no en la idea de que el apego a las cosas sea la causa del sufrimiento, sino en que a menudo las ambiciones terrenales distraen a los hombres de los asuntos más importantes: la fidelidad a Dios y la salvación eterna. Ni nuestros bienes, y ni siquiera nuestros seres amados, deben impedirnos entregarle nuestra vida a Dios, para recuperarla en toda su plenitud en Cristo (Mt. 7:24; 8:18-22; 10:37; Lc. 9:62; 12:13-21; 18:18-30; Gá. 2:20; Col. 3:2-4, etc.). Finalmente, vivir cada día con gozo y contemplar con admiración las cosas grandes y pequeñas de la creación de Dios es una actitud basada en la convicción de la sabiduría y munificentísima providencia divina (Mt. 7:24-34).

Las semejanzas superficiales no bastan para ocultar que el zen se opone explícitamente a creencias fundamentales de la fe cristiana. Es realmente lamentable que haya cristianos que consideren al zen un sistema útil para aprender a vivir más plenamente la propia religión, cualquiera sea ésta. Como el zen es una rama del budismo, se le aplican las mismas críticas que señalamos en el capítulo anterior. Pero además, hay que destacar que pese a su presunta tolerancia hacia todas las religiones, el budista zen considera a la fe cristiana como una *atadura*, un obstáculo para la libertad humana:

El humanismo del renacimiento liberó al hombre del Dios judío y cristiano; el humanismo de la iluminación en el siglo dieciocho le liberó del yugo político y económico de la clase gobernante; es decir, el tiempo de la democracia ha llegado; el humanismo del siglo veinte cambió al hombre de una forma de vida centrada individualmente en una centrada socialmente... Este socialismo, sin embargo, ¿liberará al hombre de la esclavitud? Mientras él se considere

como algo que se enfrenta al mundo, parece imposible que sea completamente libre. Pues la raíz de la esclavitud o del sufrimiento es la adhesión a la cáscara del yo [*self*], sea del individuo o de la sociedad... En otras palabras, el humanismo no puede liberar al hombre completa o satisfactoriamente. *Para ser perfectamente libre, el hombre ha de trascenderse a sí mismo, y el zen es el camino para trascender todo, inclusive el temor de la vida y de la muerte.*³⁷

¿Es el zen una religión? No es una religión en el sentido en que se entiende popularmente el término; pues el zen no tiene un Dios que adorar, ritos ceremoniales que observar, moradas futuras a las cuales están destinados los muertos y, finalmente, el zen no tiene un alma cuyo bienestar ha de ser cuidado por alguien más y cuya inmortalidad es asunto de honda preocupación para algunos. El zen es libre de todas estas elucubraciones dogmáticas y religiosas... en el zen, ni se niega a Dios ni se insiste en él; es sólo que *en el zen no hay tal Dios como ha sido concebido por las mentes judías y cristianas*. Por la misma razón que el zen no es una filosofía, [tampoco] es una religión.³⁸

Las palabras de Ogata y de Suzuki que acabamos de citar muestran claramente el abismo que existe entre la cosmovisión del zen y la cristiana.

1. Para el zen, Dios no existe y, lo que es peor, ni siquiera importa si existe o no. Toda concepción acerca de Dios es vista como un yugo al cual hay que destruir a cualquier precio. Por tanto, el zen ha sido adecuadamente caracterizado como «una forma sutil de ateísmo» que descarta y desprecia la fe bíblica en un Dios personal, creador, santo, amoroso, justo y trascendente.
2. Debido a lo anterior, el zen niega de plano la realidad del pecado humano como ofensa a Dios, sobre la base de una

norma objetiva de verdad y de bien. Walter Martin señaló:

A los adherentes del culto zen les desagrada intensamente la doctrina cristiana de la responsabilidad personal por el pecado. Ellos... se rebelan contra cualquier forma de autoridad, particularmente si se trata de una autoridad revelada, externa a sus propios criterios subjetivos de moralidad, realidad y verdad.³⁹

3. El zen promueve una vía de liberación basada en la percepción subjetiva y fuera de toda verdad objetiva. Tal liberación ha de obtenerse a través del propio esfuerzo. Es manifiestamente autosoteriológico desde el principio hasta el fin. En obvio contraste, el cristianismo afirma que, si bien la salvación requiere una decisión personal responsable, exige de manera ineludible un Salvador, el cual es Jesucristo, «el único nombre dado a los hombres, debajo del cielo, en el cual hay salvación».
4. Como otras escuelas budistas, el zen enseña que la «naturaleza de Buda» está presente en todo y en todos, y que no percibir esta naturaleza es un problema de ignorancia. La «salvación» del zen consiste precisamente en percibir intuitivamente esta unidad búdica de todo, incluido, claro está, uno mismo. Luego, además de inculcar la salvación por el propio esfuerzo, diviniza a las criaturas en lugar de darle gloria al Creador (Cf. Ro. 1: 18-32).
5. El zen engendra en sus practicantes una peligrosa seguridad, a través de un espíritu misticista que provee una engañosa certeza. El profesor Lit Sen-Chang, ex-adherente del zen convertido al cristianismo, explica:

El satori carece casi por completo de contenido intelectual, y aun así está repleto con la intensa emoción de la convicción, y el místico retorna de él con una sensación de gran iluminación.⁴⁰

Todo se centra en el propio yo, en la percepción subjetiva, en la búsqueda a tientas, en centrarse en el propio interior y buscar allí una luz que, para los cristianos, solamente puede provenir de la revelación divina.

6. Como consecuencia de su cosmología y antropología, el zen niega explícitamente el juicio de Dios y la vida eterna en el sentido cristiano. Para el zen no hay recompensa ni castigo, no hay justos ni malvados, no hay, en fin, cielo ni infierno.

No puede honestamente esperarse que la «liberación» proclamada por el zen sea otra cosa que una ilusión, pues niega los dos mandamientos más importantes de la Ley de Dios (Mt. 22:37-39). Por esta razón Martin lo llamaba «el sistema de filosofía más centrado en el hombre y más egoísta que la depravada alma del hombre pueda abrazar». Se caracteriza por la negación de Dios, el misticismo engañoso, el subjetivismo ético, la autosalvación y la autodivinización.

En una palabra, el zen no sólo es bíblica y teológicamente insostenible, sino también psicológica y socialmente nocivo... el zen es una técnica para alcanzar un «quebrantamiento mental»... Ahora muchos occidentales, cansados de su religión y filosofía convencionales, encuentran algún atractivo en el zen y han sido presa de sus convincentes enseñanzas. Si no se lo detiene, las consecuencias serán seguramente desastrosas para nuestra cultura.⁴¹

La marca del zen es un mal disimulado orgullo humano, que proclama osadamente que ni el hombre, ni el resto de la creación, necesitan de Dios. Con razón se les aplican a sus maestros las palabras del Apóstol: «Se hicieron vanos en sus razonamientos y su insensato corazón fue entenebrecido».